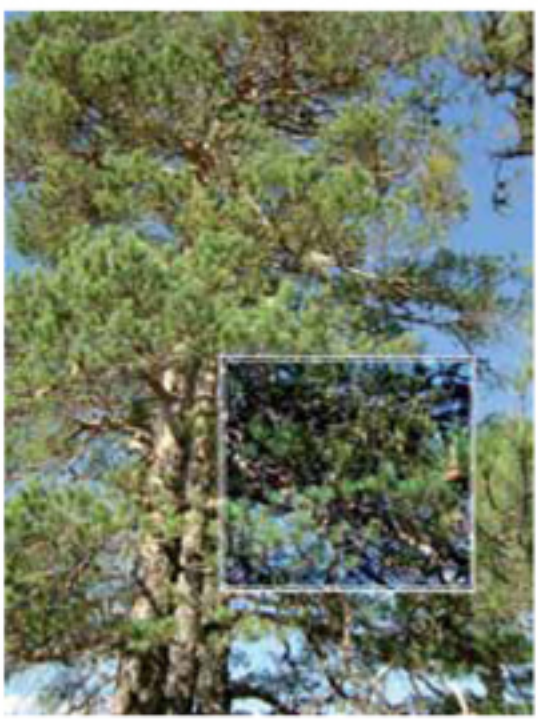
Itinerario botánico

Hace ya un año y coincidiendo con el número cuatro de esta revista, Joaquín Esteban me pidió una colaboración que yo acepté de muy buen gusto y desvié al campo de la ecología y geología local de Masegosa.

En el presente la petición implicaba un itinerario botánico en el que cada localidad de la zona tuviese como protagonista a una especie vegetal. Está claro que la naturaleza rompe con toda regla e intento de sistemática y menos aún conoce límites municipales. Cualquier planta protagonista de un pueblo puede encontrarse en la comarca, generalizándose incluso a la región o al Sistema Ibérico.

Allá va pues el intento de itinerario por si alguien lo tiene a bien de seguir o simplemente le pica la curiosidad y dispone de media hora de sosiego lector.

I - TRAGACETE O EL VIVIFICADOR MUÉRDAGO.



Tragacete. Pinos con Muérdago en la Mogorrita

Es preciso adentrarse en Tragacete y más concretamente en el cruce a Teruel si se desea conocer de cerca a esta planta, que si se calificase de parásita (como así lo es) perdería buena parte de su encanto. Efectivamente es el muérdago una planta cuya dependencia de otra (el pino albar) es vital.

Son los pájaros invernales los que atraídos por los carnosos frutillos, sin quererlo así, los que propagan por doquier la pequeña semilla. Es capaz ésta de atravesar todo el tubo digestivo y salir indemne, más aún, una capa gelatinosa y pegajosa que envuelve la semilla se vuelve más adhesiva si cabe al contacto con el aire. Al verse proyectada desde la cloaca del animal podría tener la dicha de adosarse a una parte del pino, como las hojas, las ramas o incluso la gruesa corteza de su mitad inferior. En tal supuesto y en días sucesivos germinará una pequeña raiz que se abrirá paso hasta los vasos vivos del pino. Conseguido ese objetivo todo será cuestión de tiempo. Así, en el primer año tan sólo dejará crecer un par de hojitas alargadas y opuestas y una yema central. En cada año sucesivo emitirá un nivel nuevo (hojas y ramita), lo que los botánicos denominan crecimiento por verticilos.

Curiosamente acompasará su crecimiento al de su hospedador, procurando siempre sustraerle la mínima cantidad de savia para vivir, dejando al pino otra buena cantidad para seguir adelante.

Muérdago (viscum álbum)

Los antiguos celtas veían en el muérdago los mejores augurios y no es para menos. Los pastores y gente de campo de Tragacete bien saben de las excelencias de la planta para su cabaña ganadera. Son las hembras lactantes las principales beneficiarias e indirectamente sus crías, ya que ciertas sustancias contenidas en el tallo, hojas y frutos actúan activando las glándulas mamarias y por tanto segregando leche abundante y de calidad. Así, los antiguos pastores recolectaban en los crudos inviernos los escobones de muérdago con el que después alimentarían a las ovejas y cabras más necesitadas por su inminente parto.

II - MONUMENTO NATURAL DEL RÍO CUERVO O LA ÚLTIMA ESPERANZA PARA LOS OLMOS.

Son las riberas del famoso río Cuervo uno de los escasísimos refugios del olmo de montaña. Hay que sobrepasar la fotogénica cascada y llegarse hasta casi la explanada superior para contemplar esta curiosa variedad de olmo, denominado de montaña por su adaptación a los rigores climáticos.

No es fácil distinguirlo de su pariente, el común, y menos todavía porque más difícil es hallar actualmente una vetusta olma instalada en el centro de una plaza pública.

Son ya casi treinta los años en que se habló por primera vez de la *grafiosis*, causada por un hongo capaz de taponar y destruir los vasos liberianos que se hallan inmediatamente a la corteza. Pero el hongo (*«ceratocystis ulmi»*) no sería nada sin los diminutos escarabajos (escolítidos *«scolytus scolytus»*) que también viven de la savia elaborada del árbol. Son los bordes de sus alas duras o élitros los encargados de recoger las esporas y llevarlas de un árbol enfermo a otro sano.

Olmo. Stª Mª del Val. De los pocos que han sobrevivido a la grafiosis.

Olmo de montaña (ulmus glabra)

Es cierto y aunque cueste trabajo reconocerlo que la grafiosis hoy por hoy no respeta las olmedas, sin embargo estos reductos perfectamente aislados por amplios bosques de coníferas pueden dar solución bioquímica, así como banco de germoplasma para crear híbridos inmunes al hongo.

III - VEGA DEL CODORNO O EL SABINAREJO.

Sabina albar (juniperus thurifera)

Aunque no se lleve el premio por mayor altitud (ese puesto lo ocupa Zafrilla) sí que puede afirmarse que el exiguo término municipal de La Vega acoge al sabinar de más altura (posiblemente de la región).

Si espartana es la forma de vida de sus habitantes, muy restringidas son las necesidades vitales de la sabina albar y por extensión los «juniperus». Dicen los estudios que se trata de una planta parca en necesidades, incapaz de engordar un centímetro anual en perímetro. Si cualquier árbol frutícola produce una cosecha anual en caso de bonanza climática, es la sabina albar un árbol ralentizado. No todos los años emite flores masculinas, pero cuando lo hace su copa se torna marrón por unos días. Nubes de polen embriagan a las abejas ávidas de prima-

vera. Años después esa misma planta parece cambiar de sexo y los verdes oscuros de las diminutas hojitas son absorbidos por los azules marino de sus abundantísimas piñas maduras (gálbulos). Por cierto, se habla de que esas estructuras podrían madurar hasta en tres inviernos. Posiblemente este gran espaciamiento en ciclos biológicos se deba a la pobreza del terreno que la sustenta y los rigores climáticos que la abrasan.

Vega del Codorno.

Aunque muy abundantes sean las precipitaciones en el Sabinarejo (hay registros de hasta 1.400 litros/m^2 y año) buena parte de la nieve helada vuelve a la atmósfera sin tocar la tierra. Dicen los viejos de la Vega que el agua se la lleva el crudo vendaval. Todo ello lo conocen los físicos como sublimación, es decir, el paso de sólido a gas directamente sin fase líquida. Pero buena parte de la precipitación se infiltrará para formar parte de los acuíferos y prueba de ello es el abundantísimo manantial en la Cueva del Belén Viviente (en el barrio homónimo) surgido cada invierno.

El problema es que la sabina ha elegido para vivir un terreno tan poroso que es incapaz de retener humedad por largos periodos. De ahí que salvo estas plantas pocas otras son las capaces de colonizar esas parameras de altura abrasadas por el viento.

Pero no acaba todo ahí, no sólo que la sabina es prototipo de sobriedad, sino que enriquece la tierra hasta el punto de que la mínima hierba que nace constituye el mejor pastizal. Volviendo a la sabiduría pastoril de la Vega, cabe ahora el consabido dicho de que «una oveja lamiendo en el Sabinarejo se mantiene mejor que atracándose del pasto nacido en el enfoscado pinar».

IV - MASEGOSA O EL ENCINAR DE MONTAÑA.

Masegosa. Encinar en Cabeza de la Torre.

Hablan los botánicos del piso mediterráneo y de encinares entre los quinientos y mil metros y así lo hacen entender entre sus discípulos. Es seguro que no se han llegado hasta las inmediaciones de Masegosa. Sí, Masegosa una vez más es protagonista por una excepción, esa excepción que no viene en los libros de academia. ¿Cómo llegó hasta aquí un encinar? Mejor preguntarse: ¿Cómo ha llegado en tan impecables condiciones hasta nuestros días?

Pensemos ahora en un Medievo basado en la energía de la biomasa y del carbón vegetal. Pensemos también en unos altos hornos de Beteta (1.960–1.965) ávidos de un carbón de encina que en su día llegó desde Alcaraz (Albacete), concretamente desde las dehesas del afamado ganadero de reses bravas D. Samuel Flores.

Pensado así Masegosa ha podido ser ejemplo de explotación racional de un encinar privado, ya que nunca las chimeneas de este pueblo han prescindido de las támaras de encina para calentar el hogar, hacer la hechura a los animales de corte o la comida de cada día.

Y cuando se habla de encinar no puede hacerse la idea de gruesos fustes aislados. Más bien debería hablarse de "tallar", es decir, enfoscadas matas de encina arbustiva a modo de almoha-

Encina
(quercus ilex)

dillas de hasta una veintena de pies destacados naciendo desde la misma raíz. Se trata pues de un espeso matorral en el que de vez en cuando se yergue algún pino negral, hábitat por excelencia de la víbora, de los saurios, de los pequeños roedores y del escandaloso arrendajo.

Masegosa. Encinar de la Coronilla.

V - LAGUNA SECA O EL «SIEMPREVIVO» BUJE

Lagunaseca. Bujedales en las Torcas.

Laguna Seca, como su nombre indica, hace pensar en humedales de estación invernal. Así es, sus famosas Torcas, hoy protegidas como Monumento Natural desde 2.003, muestran sus excelencias paisajísticas a base de hondonadas y derrubios, salpicadas a modo de pecas por los multicolores bujes.

Parece mentira que una misma especie botánica («buxus sempervirens») adquiera tan distinto y dispar semblante. Las hojas incluso de un mismo pie reflejan también cambios sustanciales de tamaño y color dependiendo de su ubicación, pudiendo adquirir todas las gamas posibles de verdes, rojos, ocres y amarillentos. Su tallo amarillo-blanquinoso sólo es visible en aquellos rodales en que los líquenes azulados no han completado colonización.

El mejor carbón de fragua venía de la raíz de brezo y en donde esté no existe del buje.

La capacidad de regeneración de esta planta es tal que soporta el incendio estoicamente, es más, parece prestarse a la inmolación hasta sus partes más jugosas. Al cabo de unos años ha llegado a brotar con más fuerza si cabe, enmascarando incluso los efectos devastadores del fuego. Quizá por ello su nombre científico «sempervirens» (siempre vivo o siempre verde) sea uno de los más explicativos.

Una vez más son los ambientes bucólico-pastoriles quienes nos enseñen del uso de esta planta para badajos de cencerros, cachas de cuchillos, pasadores de seguridad para collares de cuero o aguzadas leznas para reventar las hinchazones producidas por las mordidas de un murgaño (tarántula común).

Buje
(buxus sempervirens)

VI - SANTA MARÍA DEL VAL O AGUA Y QUEJIGAL.

Santa María del Vall. Embalse de La Tosca rodeado de quejigos.

Si hubiese que elegir alguna planta o grupo de ellas para albergar dudas en cuanto a denominación, no cabría dudas, sería el quejigo. Los vecinos del Val en cambio parecen tenerlo muy claro y no entienden bien que el resto de mortales no lo tengan en la misma medida. Para ellos se trata del «chaparro» y por tanto el colectivo «chaparral», palabra ésta que dará innumerables topónimos en la geografía serrana. Por cierto, dicen los entendidos en idioma que dicho término salió de los antiguos vascones y se afianzó en las Castillas y Aragón. Para otra buena parte de los serranos ese mismo árbol es un «roble» y quizá los menos hablen del «rebollo». El hombre de ciencia, ante este caos prefiere recurrir al genérico «quercus» y especie «faginea», palabra cercana a «haya».

Roble o quejigo (quercus faginea)

En verdad el Val es pueblo pintoresco pues el pantano de La Tosca a sus pies pone los mejores efectos de reflejo a las fotos. Pero hay que ir en la otoñada para sacar el mejor jugo al paisaje, ya que los chaparros muestran su mejor cara de tonos rojizos y pardos. La bajada por el estrecho de Río Chico y la salida a Poyatos por la dehesa se convierten en los mejores cuarteles para el quejigo.

Pero queda roble para rato porque se trata de una planta de hoja caediza pero «marcescente», nombre complicado para designar a aquellas especies que no acaban de desprenderse de las hojas muertas durante la invernada. Se trata de una simple estrategia de supervivencia, es decir, la vieja hoja abriga en su inserción una pequeña yema de la que nacerán otras hojas, tallos o flores en la siguiente primavera, siempre tardía en la Serranía Alta.

Añadir por último un dicho oriental: «el hacha pidió al roble un astil y éste de buena manera se lo dio». La buena voluntad por encima de todo, incluso de un posible y adverso destino, sería la reflexión que cualquier mortal debiera plantearse y practicar.

VII - BETETA O ENTRE HOCES Y TILOS

Tilo (tilia cordata)

La historia dieciochesca recuerda el topónimo completo de la villa: Beteta y sus Siete Barrios, uno de los cuales, El Tobar, decidió reencontrase con su antigua condición hace ahora unos cuarenta años. Punto obligado de acceso a la villa es la Hoz y en mitad de la misma la Fuente de los Tilos. Como su nombre indica es este árbol el protagonista indiscutible de esa angostura orográfica.

Para la persona de ciencia el tilo representa al último superviviente de épocas glaciares. Es normal hablar de tilos en el bosque caducifolio de Suecia o a lo más de la cornisa Cantábrica, pero el tilo en torno al paralelo 40 es algo así como encontrarse un pingüino en Almería. Pueden ser varias las explicaciones para esta rareza. Una tiene que ver con las abundantes precipitaciones, en torno a

Beteta. Tilo de la Hoz.

1.000 litros/m² y año. Otra podría ser la ubicación en umbría, propia de una hoz con paredes verticales y múltiples fondos de saco (hocinos). Pero tal vez la más sorprendente haya que buscarla en el tronco del árbol; son los abundantísimos líquenes y musgos quienes den la vida al tilo. Su capacidad de absorber humedad ambiental y fijarla en sus estructuras, añaden agua vital en las prolongadas sequías de verano. Los científicos hablarían de lluvia horizontal e incluiría además la fijación de gotitas de humedad en el transcurso de una débil neblina matinal.

Pero la mayor sorpresa está por llegar: en épocas adversas tales como las acontecidas en los últimos veranos, el tilo es capaz de perder la hoja en el mismo agosto, momento en que el fruto está completamente formado y seco. Su ciclo vital se restringe a poco más de dos meses y casi diez de parada biológica. No cabría esperar otra cosa de este superviviente antediluviano.

VIII - EL TOBAR O EL SAUCAL DE RIBERA.

El barrio de El Tobar debe su vida al río Masegar, topónimo cercano a Masegosa. De ese río, hoy artificial casi por completo, destacan sus riberas de saúcos. La frescura y fragancia de esta planta hacen exclusiva la Fuente del Arca (y lavadero) y el Molino del Socorro. Son en los meses de junio a octubre los recomendables para su disfrute completo, pues se podrá estudiar desde su abundante floración hasta la madurez de sus diminutas bayas.

Saúco (sambucus nigra)

Hablan los lugareños que de esas bayas se obtenían tintes para la madera de los féretros. Para los antiguos romanos el saúco era la base de la farmacopea y su cocina. Ya con los racimos de flores frescas se cocinaban excelencias, simplemente rebozándolos en huevo y posterior fritura. El jugo del fruto conservado como almíbar fue la base de refrescos en los calores estivales. Dicen incluso que unas cuantas bayas tomadas en fresco provocaban el vómito inmediato, hecho éste que bien les venía a los insaciables estómagos romanos que hacían de la gula una religión y forma de ocio.

Río Masegar. El Tobar.

IX- CUEVA DEL HIERRO O LOS GUIJOS Y MAROJAL.

Desde los mismos confines de la provincia, allá donde llegan las riberas del Padre Tajo, la pequeña Cueva del Hierro atraerá la atención del visitante. Si puede admirarse la arquitectura negra por aprovechar las sideritas como material constructivo, mejor aún desplazarse hasta San Antón para apreciar otra singularidad: los Guijos (también Guijarrales). Nadie como los luga-

Marojo rastrero.

reños para dar nombre a este paraje cuyo suelo está constituido por versicolores cuarcitas. Y sobre este durísimo y ácido sustrato un arbolillo reivindica su papel en un ecosistema ancestral: el marojo.

Pariente del roble y la encina (todos son quercus, o mejor aún, todos dan bellota) hoy sus poblaciones son meros vestigios de lo que tuvieron que ser milenios atrás. Puede que el carboneo en las inmediaciones de los innumerables hornos siderúrgicos del término sea el responsable de su casi extinción. Estas labores cuya referencia se remonta casi a los iberos y romanos, se debieron intensificar en el Medievo hasta llegar a su colofón con las ferrerías de la Modernidad. Siglos ininterrumpidos de explotación difícilmente son soportables por cualquier ecosistema. Tuvo que llegar el siglo XIX –XX para dar un respiro a esos Guijos y sus pobladores los marojos.

Marojo
(quercus pyrenaica)

El pino albar (pinus sylvestris) objetivo y codicia de la selvicultura contemporánea, es mimado en un suelo arrebatado al marojal y que por tanto no le correspondería por ley natural.

Marojo en el Guijo de Perro Narro. Dehesa de Molinillos.

XI - CARRASCOSA Y VALSALOBRE O ENTRE DEHESAS DE CUENTO INFANTIL.

Carrascosa de la Sierra. Ruta PR04 a la Dehesa.

Cuentan las crónicas mesteñas que fueron las dehesas los cuarteles y patrimonio de la cabaña ganadera. Dentro de ésta, es el «ganado de mayor» quien ocupará espacios comunales o «mestos» (también llamados «del ejido»), para su mantenimiento en épocas de «huelga» de sus habituales tareas agro-forestales.

La dehesa, por tanto, no es monopolio de una planta, es un espacio semiabierto de biodiversidad, cuyo vuelo lo constituyen milenarias encinas, robles y en menor cantidad los pinos negral y albar. Pero en realidad ni siquiera estas plantas son originales. El serrano de toda época ha sabido podar en su momento esos centenarios troncos, dejando brotar siempre ramas nuevas (renuevos) que conformarán la amplia y fresca copa. Por cierto, en esas labores de poda hay que incluir también los pinos, aunque esa operación la llaman los autóctonos «descimar».

Invierno tras invierno los serranos, sin ser conscientes de ello, han hecho esculturas botánicas que tan de moda se han puesto como el famoso perro del espacio Guggenheim de Bilbao.

Pero amén de los quercus, la rosa canina (o escaramujo), el espino albar (o majuelo), el arce de Montpellier (o acre), el agracejo (o arlo, también arlera) y decenas de herbáceas completarán ese paisaje idílico, digno de ser escenario de cualquier cuento infantil. Caperucita, los siete cabritillos o Pulgarcito bien podían moverse en estos parajes con la misma naturalidad que hubiesen concebido Perrault o los hermanos Grimm.

Caperuita. Ilustración Perrault.

XII - VADILLOS O LAS FRESCAS AVELLANEDAS.

Vadillos. Vista del valle del Río Cuervo.

De nombre completo Puente de los Vadillos, este núcleo ha constituido el único foco industrial desde la segunda década de siglo XX. Sin ser ayuntamiento, sino pedanía, este lugar pudo ser atravesado en la imaginación cervantina por el Hidalgo y su Escudero. La genial pareja bien pudo beber de esos manantiales y es seguro que Sancho se agenció una vara de avellano para usarla a modo de aguijada de boyero. Sí, Vadillos, como indica su nombre, es el paso favorable de los ríos Guadiela y Cuervo; las riberas de éstos podrían denominarse «las avellanedas».

Difícil será probar sus frutos pues alerta están siempre sus diminutos moradores para llenar sus madrigueras y así aguantar el invierno. Pero poca gente sabe que fueron los trashumantes quienes recibían el encargo de sus coetáneos andaluces de hacer acopio de varas de avellano para las futuras tareas de recolección de oliva por vareado.

Avellano (Corylus avellana)

También los churreros echaban mano del retallo joven para fabricar los útiles con que proceder a la fritura de sus ristras de porras.

Pero la principal sorpresa de esta planta llegará al pasar San Julián «canastero». Sus flores masculinas a modo de cigarrillos colgantes anuncian el «sol invictus». El invierno estará en retirada, dejando a febrerillo el loco: un día peor que otro. Para los de Vadillos en «febrero toma la sombra el perro, pero a últimos no a primeros». Con los amentos masculinos de avellano el zumbido de las abejas, y en pocas semanas el paso de las grullas hacia septentrión.

XIII - CAÑIZARES O VOCACIÓN DE CANASTEROS.

Vega de Cañizares. Plantación de mimbres

Aumentos de Sarga.

El núcleo de Cañizares siempre destacó por las iniciativas e inquietudes de sus habitantes y especialmente desde el sector de su juventud que jamás se resignó a la melancolía. Hace ya unos años demostró al mundo que el mimbre podía dar de vivir si se era capaz de manufacturar y no venderlo como materia prima. Nació así el grupo «Sarga» intentando ofrecer sus innovaciones tales como el teñido del mimbre y el mobiliario. Esta afición por tal planta bien le pudo venir desde la misma genética, desde el continuo contacto con las antiguas y salvajes sargas.

Efectivamente, es la sarga el «sálix» original, diríase el ancestro de las mimbreras y de ahí el objeto de trabajo de los antiguos canasteros. Estos eran nómadas, simplemente sujetos a su familia y carromato, emparentados siempre con la etnia gitana.

Las humildes y centenarias sargas parecen quedar en el olvido, ancladas en las orillas de cualquier arroyo, calladas siempre y mecidas por los aires. Pero puede afirmarse que posiblemente sean las especies con más linaje y alcurnia de todos los descritos hasta aquí. Es preciso recordar que desde los mismos tiempos de la Grecia clásica la corteza de sarga nutría las boticas, pues siempre demostró sus virtudes analgésicas, calmantes y febrífugas. Así lo describe Hipócrates.

Sí, cuentan las crónicas que un científico (Dr. Edward Stone) siempre estaba afectado por cefaleas y las aliviaba con un extracto de sarga. Corría entonces la segunda mitad del siglo XVIII y ya en pleno siglo XX los laboratorios Bayer decidieron lanzarla y hacerla su medicamento estrella, bautizando el extracto como «ácido acetil-salicílico», palabra derivada de «sálix».

Nuestras humildes sargas son también el pariente pobre del sauce llorón, cuyo nombre científico «sálix babilónica» nos recuerda que el gran Nabucodonosor hizo de la planta el fundamento de sus jardines colgados de Babilonia, allá por el siglo VII antes de nuestra era.

Emilio Guadalajara